

LA HORA DE LOS GORRIONES

Mientras pise la hierba estaré bien.

(Sergio Fdez. Salvador)

No soporto el desorden; la casa, la ropa, todas y cada una de mis pertenencias deberían estar cuidadosamente guardadas y limpias, pero con Turco, mi perro, danzando por aquí han desaparecido de mi vida la escrupulosidad, el orden y la disciplina. Es capaz de arruinar un plan en cuestión de segundos. He pasado de ser una persona estricta, que no dejaba ni un resquicio por el que pudiera colarse imprevisto alguno, a la vida anárquica de un ser peludo que me ha desbaratado los esquemas.

Por recomendación del médico decidí regresar a la casona heredada de mis padres. Se conservaba en buen estado, con unas reformas mínimas y aportando mi toque personal quedaría habitable y acogedora. Así me lo propuse, tiempo me sobraba.

No es monopolio de los hombres ser unos manitas, la habilidad y la destreza tienen que ver más con el atrevimiento y las inquietudes de una persona que con su género, y yo soy de las que siempre se ha dado buena maña para arreglar cualquier trasto o solventar la más insólita de las averías.

A San Esteban no me costó adaptarme, al fin y al cabo es donde me críe hasta que cumplí los dieciséis. Bien conocía El Sotillo y La Alameda. La naturaleza aquí es generosa y extremadamente bella gracias al río. La de veces que, de pequeños, nos bañamos en La Rambla. Sería un buen lugar para mi corazón.

Al llegar sentí que traspasaba la puerta hacia una nueva dimensión concentrada en unos pocos kilómetros cuadrados, lejos de decibelios y contaminaciones. Una sensación de bienestar se apoderó de mi cuerpo y de mi mente. Turco y yo seríamos felices aquí.

Nos fuimos del pueblo cuando pasó lo de mi hermano, de eso hace más de treinta años. A mis padres se les hizo insoportable convivir con el recuerdo doloroso

de su ausencia, sobre todo a mi madre; la pena no la dejaba vivir. Precisamente en este lugar, donde el aire es más puro y la paz extensa, ella se ahogaba. Mi padre, que la amaba con locura, no dejó conocido al que acudir ni hilo del que tirar hasta que lograron salir de aquel agujero de sombras que les robaba el aire.

La magia del lugar, el afecto y la compañía de los vecinos de toda la vida, no logró que se quedaran. Ni siquiera el hecho de que los restos de su hijo reposen aquí consiguió retenerlos.

Mi hermano Rafael era el mayor, un chico entusiasta, infatigable, vivaz. Le encantaban las aves. Mil veces subimos hasta el castillo para divisar el horizonte, ese horizonte que te hace sentir tan pequeño. Otras tantas me llevó a coger setas, y algún atardecer me dejaba acompañarle hasta Río Lobos. Era asombrosa la algarabía que montaban los gorriones a la hora de buscar cobijo para la noche entre las ramas de los chopos y los olmos. Sin saber cómo, al final conseguían acomodarse cada cual en su sitio. Cuando amarilleaban en otoño admirábamos la vereda desde lo alto, muy callados los dos, como hipnotizados por el cuadro que teníamos ante nosotros.

Él me enseñó todo lo que sé. Sin serlo, era como mi hermano gemelo.

Rafael murió de un disparo. Lo mató su mejor amigo. El caso no llegó a investigarse, lo calificaron de hecho fortuito y así se cerró el asunto. En la declaración alegó que estaban manipulando las escopetas de caza y se le disparó. Nadie lo cuestionó más, pero el silencio que se apoderó de mi casa tras el suceso, no llegó a aplacar las dudas de mis padres sobre la existencia de intencionalidad o no. Se llegó a rumorear que los dos andaban detrás de la misma chica, una de El Burgo, pero fue imposible de demostrar. Nunca estuvimos al tanto de los amoríos de mi hermano, ni siquiera a mí me los contaba, ese tema lo guardaba celosamente para sí.

Mis padres pasaron el resto de su vida ejerciendo de porteros en un bloque de pisos en la capital. La mudanza nos hizo bien a todos, o eso quisimos creer.

Lo cierto es que Rafael no parece haberse ido. Ni antes ni ahora. Turco lo sabe tan bien como yo. Los de ahora son los mismos ruidos que los de entonces, no llegan del exterior, son pasos que se acercan hasta el otro lado de mi cuarto, se paran en seco y aguardan.

Él, lejos de ponerse nervioso, se limita a levantar las orejas como esperando algo, ni siquiera ladra. Yo, cuando los oigo, me incorporo despacio aguzando el oído,

pero lo que quiera que sea no hace ni dice nada más, como si no encontrase forma humana de comunicarse conmigo, si es que lo pretende. He estado tentada de articular palabras para dirigirme a él, pero mi parte racional me hace sentir un poco estúpida.

Para no darle importancia me escudo en la idea de que en el silencio y la oscuridad de la noche cualquier sonido, por muy imperceptible que sea, se magnifica, pero hace un tiempo hemos empezado a escuchar con claridad arañazos persistentes en la pared.

Cuando murió Rafa, no quise seguir compartiendo habitación con mi hermana y me instalaron en su cuarto, tal vez nunca dejó de ocupar su cama. Ya entonces sentía que era él el que deambulaba por la casa, sobre todo por la noche; ahora sigo sintiendo lo mismo. No me asusta, estoy segura de que no me hará daño. Nunca comenté nada a mis padres, bastante tenían con encajar el golpe de la pérdida como para tener que soportar las paranoias de una adolescente que echaba de menos a su hermano.

Al poco de llegar a San Esteban, el Gobierno decretó confinamiento general para frenar los contagios de un virus que se presentó sin avisar, un virus tan peligroso como real. Algo insólito, propio de una película de terror. La sensación de irrealidad trastocó de forma radical los esquemas de todo el mundo. Confié en que la situación no llegase a los extremos que describía el Ensayo de Saramago, porque los ciudadanos, en el fondo, seguimos tan ciegos como los protagonistas del autor portugués. De nada sirven los consejos ni los avisos; hasta que no te toca algo en primera persona y lo sufres en tus propias carnes, no te das cuenta de lo que realmente significa, de lo que te puede llegar a enseñar o a doler.

A pesar de vivir sola sentí de repente una soledad inmensa, no la mía, sino la de todos; el estado de alarma me bloqueó, me causó una sensación de tremendo vacío, inquietud y miedo.

Inmóvil frente al televisor, los ojos se me quedaban clavados en las calles desoladas, en la gente guardando cola para abastecerse de comida, sin dirigirse la palabra, en la gente asomada a las ventanas como presos resignados, encerrada, escondida, rehuyéndose, recelosa si alguien se acercaba más de la cuenta invadiendo su espacio vital. La situación exigía que las normas fueran otras, generales y restrictivas.

Resultaba difícil contener los escalofríos ante imágenes de soldados vigilando, desinfectando, montando hospitales de campaña para aliviar la saturación de la UCIs, algo que empezaba a ser preocupante según las noticias.

Hay reacciones que una no puede controlar y a mí se me puso un nudo en la garganta cuando escuché a lo lejos, en el pueblo, la primera sirena de ambulancia. Recordé, sin quererlo, el día en el que fue mi vida la que pendió del hilo de la urgencia. Acaricié a Turco para aferrarme a la realidad, para cerciorarme de que los dos nos encontrábamos bien. Él lo corroboró con un ladrido y el movimiento frenético de su rabo.

Yo ya había aprendido que no somos nada, que la vida humana es tremendamente frágil, que cualquier bichillo minúsculo e invisible puede llegar a destruirla en un abrir y cerrar de ojos. La amenaza había llegado, se había hecho real; todos acabaríamos dándonos cuenta, a la fuerza, de nuestra insignificancia.

En los días sucesivos, fueran fiables o no, empecé a anotar los datos de infectados y fallecidos, los apuntaba meticulosamente en un cuaderno de espiral destinado a un fin que, en circunstancias normales, habría sido bien distinto y más ameno: anotaciones ornitológicas, reseñas de libros, fichas de películas, ocurrencias, pensamientos sueltos.

Aunque era obvio que en mi aislamiento no iba a contagiar a nadie y no había posibilidad de que alguien me contagiara a mí, no dudé en incluirme en el grupo de personas de riesgo por mi corazón defectuoso.

El huerto, generoso ya en primavera, me abastecería sin tener que bajar al pueblo durante una temporada. Ramón siguió dejando el pan en la cancela cada tres días, como lo había hecho siempre. Continué con mi rutina. No tenía que hacer nada nuevo ni dejar de hacer lo que hacía. ¿Separarme? ¿De quién? No me costó obedecer la orden.

La pandilla de tertulianos que monopolizaban la pantalla se atrevían a lanzar aseveraciones rotundas sin fundamento, aventuraban previsiones, insistían en que íbamos a aprender de esta crisis, que nos haría cambiar la forma de concebir el mundo. Yo no estaba tan segura de que, como sociedad, fuéramos a aprender algo. Más bien se afianzaría el “Sálvese quien pueda”. La hipocresía no funciona en los casos en que el engaño resulta tan evidente. La honestidad y el compromiso han de ir más allá de las cuatro frases inconexas que solo sirven para rellenar el magazine de la tarde. El ser humano es egoísta por naturaleza, trata de sobrevivir y mejorar su

propia vida. Ese egoísmo es real. En contra de lo que se diga, el sacrificio y la entrega se practican poco. Casi nadie se arriesga por un extraño.

Así que mi disciplina incluyó, desde entonces y por salud mental, apagar el televisor y convertirlo en un aparato inútil abandonado en una esquina.

No considero mi vida nada austera, simplemente he ido reduciendo a la mínima expresión lo que creo imprescindible para salir adelante, que en realidad es muy poco. Siento placer en el hecho de no tener que sentir placer. Ni siquiera me lo cuestiono, simplemente sucede: echar un trago de agua cuando la sed aprieta, observar el amanecer detrás del castillo, respirar aire puro, sentir la proximidad y el calor de Turco, escuchar el trinar de los mirlos, la motosierra de Damián a lo lejos, rompiendo el silencio. Hace mucho que opté por renunciar a lo superfluo, por apreciar las cosas sencillas.

Madrugo sin necesidad de despertador, agradezco mentalmente estar viva un día más. En invierno, al abrir la puerta, sigo fascinada con el vaho que exhala mi boca. En verano, se me va el tiempo en inspeccionar y atender la huerta, después de tomar un succulento y enérgico desayuno y allí me paso las horas muertas. La máquina de escribir espera, sin éxito, la impresión de las primeras letras; no hay párrafos que añadir a mi novela perpetuamente inacabada. Los periódicos retrasados solo servirán para encender la chimenea.

Mi hermana me hace la llamada de rigor todos los días para comprobar que sigo bien. Desde que instalaron la antena ya no hay que subir al altillo para disponer de cobertura. Mi hermana no sabe que Rafael sigue en esta casa, mejor así porque siempre me ha considerado una rara. Con que esté un poco pendiente de mí, es suficiente.

Sigo dando mi paseo de las cinco por prescripción médica, segura de que con nadie me voy a encontrar. Aun sin esa recomendación tampoco me hubiese privado de los momentos de libertad, de caminar a mi aire, del verdor de las huertas, del sol perfilando el color de mi piel, de la algarabía de los gorriones en época de cortejo. A cada paso se me ensanchan los pulmones y los límites del mundo más allá de lo que ven mis ojos. El cielo, intensamente azul, me regala sin saberlo un horizonte infinito, sin altitudes, latitudes, ni edificios. La plenitud igual tiene nombre de otoño que de primavera. Turco es mi única compañía, donde yo vaya, va él. A veces me viene a la cabeza el encierro decretado para los demás, la restricción de movimientos, me considero una privilegiada.

El segundo amago de infarto me pilló por sorpresa. Apenas tuve tiempo de avisar a mi hermana. Todo sucedió muy rápido. Al parecer no era mi hora. Los doce días en el hospital se me hicieron eternos. Aquello era un caos, el personal estaba alteradísimo, superado por las circunstancias. Cuando me dieron el alta, mi hermana me obligó a venir a su casa. No me opuse, parecía lo más sensato.

Seguimos en cuarentena. Me paso las horas encerrada en una habitación con ventana al exterior. Aunque enfrente hay un edificio, la calle es ancha y deja ver un buen trozo de cielo y una hilera de acacias frondosas. No podemos acercarnos, mucho menos darnos abrazos. Me hablan desde el salón o la cocina y comemos por turnos. Todo el rato con el desinfectante en las manos.

Mis sobrinos, que de ingenio van sobrados, tratan de hacerme la estancia más llevadera con sus ocurrencias, pero yo solo pienso en el orden y el silencio de mi hogar, en mis paisajes, en el aire puro que mis pulmones necesitan; sueño con el castillo, la ribera, el horizonte azul del atardecer. Echo de menos a Rafael, él solo, en aquella casa...

Esta ventana es el resquicio por el que se cuele la memoria de un tiempo mejor al que no pierdo, no perdemos, la esperanza de volver.

Turco está a mi lado, no se separa de mí. La viveza de sus ojos no es la misma. Sus movimientos se han vuelto un poco más torpes. Por las tardes se queda embelesado mirando las acacias. Sé que añora tanto como yo la vida en libertad, nuestros paseos por el campo, incluso a Rafa. Sé que añora tanto como yo la hora de los gorriones.

*Nada es tan necesario al hombre como
un margen de esperanza más allá de la muerte.*

(Blas de Otero)